

tarde ó mas temprano, menos ó mas profundamente, fuerza es que todo ame en este mundo y aun en el otro.

Residia por aquellos tiempos en Amberes una familia, noble y bien acomodada, á juzgar por el decoro de su porte en todos conceptos, compuesta de un caballero de edad mas que madura, una señora anciana, y una jóven de rara hermosura, que al primero llamaba tio, y abuela á la segunda. Aquellas tres personas pasaban por castellanas, en razon á su idioma, trages y hábitos; pero en realidad ignorábanse su orijen y procedencia, pues apenas tenian trato en la ciudad con persona alguna, fuera de sus principales majistrados Lanceloto Ursulo y Nicolás Shermer, hombres ambos á cuyo temple de alma poco comun debió el César la conservacion de Amberes en aquella desdichada campaña, y que dispensaban á la incógnita familia que nos ocupa todo jénero de miramientos y consideraciones.

Sin embargo, al retirarse á la ciudad los maltratados restos del ejército del príncipe de Orange, á consecuencia de la derrota de Brescott, siendo indispensable alojar aquellas tropas, sin perjuicio de las que ya guarnecian la plaza, forzosamente hubo de contarse con la casa de los desconocidos, como con las de todos los demas habitantes. Mas tales eran el respeto y la consideracion de los majistrados á las personas que nos ocupan, que en medio de los afanes consiguientes á la entrada en su ciudad de un ejército, y ejército vencido, que es aun harto mas peligroso é indisciplinado que el vencedor, y habiendo de atender, como lo hicieron, á la defensa de la plaza ya por las armas de Rosen asediada, hallaron tiempo y tuvieron sangre fria para tratar de que la carga del alojamiento fuese lo menos molesta posible á sus misteriosos protegidos. Y en efecto, deseando mandar á la tal casa un hombre grave, mesurado y de buenas costumbres, eligieron á nuestro D. Martin Suarez de Monroi, á quien, segun la voz pública, faltaba solo para santo el estar canonizado. Nicolas Shermer fué en persona á notificar á la retirada familia la necesidad en que se hallaba de recibir un alojado, y esplicarle al propio tiempo qué persona era la que tal honra obtenia. No obstante, los desconocidos, es decir, la señora anciana y el maduro caballero, resignáronse y no mas á recibir tal huésped, llevando tan lejos la suspicacia ó la prudencia, que con haberles asegurado Shermer que Suarez era la virtud misma, alojáronle en un cuarto del piso bajo de la casa que habitaban, cuarto cómodo y elegante, mas en completa y absoluta comunicacion con el resto de la familia. Un esclavo africano instaló al capitán y á Garcí-Perez en su alojamiento, escusando, á pretexto de una dolencia crónica, al amo de la casa, pero ofreciéndose en su nombre á cuanto el alojado necesitar pudiese. Por lo demas, nada faltaba en el retirado aposento: ricos tapices, cómodas almohadas, bufetes y escritorios de primoroso trabajo, buenas pinturas, sillería de lujo, ropa blanca esquisita y perfumada, lecho mullido, todo, en una palabra,

todo cuanto al material bienestar de un hombre contribuye, otro tanto halló Suarez, y de otro tanto gozó con esa indiferencia filosófica que llega á hacerse en el soldado de oficio segunda naturaleza. Garcí-Perez, por su parte, se vió respectivamente tan bien tratado como su amo, y quizá mejor, pues al preguntar dónde y cómo podria el coeínero (D. Martin se trataba como un gran señor que era) ejercer su oficio, respondiéronle que no se inquietara por tal cosa, y que el señor capitán seria servido como á su calidad correspondia. Calló discretamente el escudero aquella novedad, presintiendo que su dueño, de saberla, rehusaria recibir tales obsequios de personas para él completamente estrañas, y aun desconocidas; y como no acostumbraba Suarez ni á mezclarse en las atribuciones de su maestresala, ni á tomar cuentas, sentóse á la mesa, cuando se la pusieron, y comió de los manjares verdaderamente esquisitos que le presentaron, dando al concluir las gracias al que nos da el pan cotidiano, mas omitiendo, por ignorancia, las en el caso debidas á sus magníficos invisibles huéspedes.

De estos, el caballero y la anciana señora, despues de haber ordenado á sus servidores lo conveniente para el buen trato del capitán, y tomadas cuantas precauciones creyeron conducentes á incomunicarle con su familia, tan severamente como si de la peste padeciera, cesaron de pensar en su persona; mas la dama jóven, que si no se desesperaba, aburríase por lo menos en su claustral reclusion, aguijoneada por el espíritu de la curiosidad, que es demonio gran señor en los infiernos y en la tierra poderoso príncipe, entró en tentacion irresistible de conocer al hombre contra el cual se tomaban tales precauciones, sin embargo de asegurarse que era un cumplido caballero y perfecto cristiano. Ausiliada, pues, por una doncella—¿Cuándo faltan doncellas para tales ministerios!—y practicando con las tijeras de su costura un orificio en cierto tapiz del aposento del alojado, consiguió fácil, y al parecer impunemente, su deseo, mirando, en efecto, á su sabor y sin ser vista, á D. Martin Suarez de Monroi, mozo entonces de veintiocho años, aparentando apenas veintidos, merced á su ejemplar conducta; de marcial agraciado porte; de fisonomía varonil y espresiva al propio tiempo que melancólica; y que vestía el traje militar con esa elegancia sin aparato, con esa soltura sin ordinariéz, con esa arrogancia sin fanfarronada, que distinguen siempre al valiente de buena ley del maton baratero. ¡Ahora, dígasenos de buena fé, si para una mujer bella, sensible, de altos pensamientos, y murada en su casa como si fuera fortaleza, semejante espectáculo podia ser cosa indiferente! Y no lo fué, en efecto: aquella noche la hermosa incógnita soñó mucho, y en todos sus ensueños tuvo papel de primer galan el ascético militar; y á la mañana siguiente el orificio del tapiz dobló su diámetro; siendo ya casi ventana la segunda noche, en el momento de cenar solo y silencioso D. Martin Suarez.

Serán como dos horas antes de la fatídica y solemne en que canta el gallo y se aparecen las temerosas visiones: la ciudad reposaba, descansando en la vigilancia de una parte de su milicia municipal que, en union con algunos pocos soldados veteranos, guardaba sus muros; cuando súbito resonaron á un tiempo los cavernosos ecos del cañon de alarma, los agudos sonos del clarin, el ronco estrépito de los atambores, y el clamoreo de las campanas tocando á rebato.

Suarez, como si tal suceso esperase, limpióse la boca con la servilleta, levantó la cabeza, y dijo á su escudero:—Las armas, Garcí-Pérez; pronunciadas cuyas palabras, púsose en pié sosegadamente, y desnudóse la ropa que vestía, para ceñir coraza y capacete, con espada y daga; y jineta en mano, encaminarse á las murallas seguido por Garcí-Pérez y otro criado, cada uno de los cuales llevaba su respectivo arcabuz, mecha encendida, por decontado.

Menos helicosa la bella observadora, mas dominándose lo bastante para no revelar su presencia con algun indiscreto grito, asistió palpitante el seno, pálida la color, y atribulada el alma, al militar tocador de Suarez, y vióle salir del aposento con la misma pena que si al suplicio le llevaran. ¡Pobre niña! ¡Aquel hombre que ni de vista la conocia, llevábasele el alma entera!

La causa del rebato fué que Rosen, á cuyas intimaciones de rendicion contestaron Ursulo y Shermer con las lombardas que la plaza artillaban, y que sin fruto, además, la habia cañoneado durante dos dias, quiso antes de levantar el asedio probar fortuna en un asalto, quizá con la esperanza de que, dirigida la defensa por unos pobres mercaderes (Oranje no estaba en la ciudad), le habia de ser fácil sorprenderlos, y acaso intimidarlos. Engañóse solemnemente: los soldados ciudadanos fueron, como por regla jeneral suelen serlo siempre que se trata de la defensa de sus hogares, guardas vijilantes de la ciudad, y los dinamarqueses, franceses, y alemanes luteranos, que al asalto se lanzaban con cierta confianza, hallaron que el acero de los mercaderes y oficiales flamencos era jénero de mucha mejor calidad y mas duro temple de lo que ellos presumian y quisieran.

No obstante, Rosen, buen soldado y terco y picado al juego, no dándose por vencido á la primera repulsa, volvió á la carga dos y tres veces, sosteniendo con vivísimo fuego de artillería y mosquetería sus columnas de ataque; y como por su parte los antuerpienses hicieron punto de honra de quedar con la palabra en aquella mortífera discusion, la noche fué, en realidad, lo que en la tecnología de los campamentos se llama *caliente*, sin embargo de lo frio del clima.

Al amanecer tuvo el jeneral dinamarqués que tocar retirada, dejando a no pocos de los suyos muertos en los fosos de Amberes, y levantado definitivamente el campo; los ciudadanos, entonces, pudieron apreciar su victoria y los dolorosos sacrificios que les costaban. Treinta ó cuarenta muertos, y hasta doscientos heridos tuvo la plaza en

aquella jornada gloriosa: muertos y heridos la mayor parte vecinos del pueblo, cabezas ó hijos de familia, jentes industriosas, á quienes sus padres entendieron criar para el manejo de la lanzadera que no de la lanza: mas el hombre propone y Dios dispone.

En la parte, por menos fuerte, mas combatida del muro, habia de hecho tomado el mando aquella noche un guerrero, á quien no conocian la mayor parte de los que voluntaria é instintivamente le obedecieron sumisos; y merced, tanto á lo acertado de sus disposiciones, cuanto á la firmeza de su ánimo, y al esfuerzo de su irresistible brazo, fueron siempre rechazados los obstinados ataques del enemigo: mas al retirarse aquel, una bala perdida, bala de hierro y por un mosquete disparada, dió en tierra con el valeroso adalid, llenando de dolor y espanto á cuantos le rodeaban.

¡Oh! y con cuanta razon (perdone mi noble profesion primera) esclama el ingenioso Hidalgo en su inmortal discurso sobre las armas y las letras, diciendo: “Bien hayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la *artillería* (1), á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa á que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valiente caballero, y á quien sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, *llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó al resplandor que hizo el fuego al disparar la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y la vida de quien la merecia gozar luengos siglos!*”

¡Qué pudiéramos añadir nosotros á tales y tan elocuentes palabras, del hombre de mas claro entendimiento de cuantos vieron la luz en los dominios españoles, para deplorar la desgracia de D. Martin Suarez, que él era el guerrero desconocido á quien la bala de un prófugo tendió, al parecer ecsánime, sobre los propios recién conquistados laureles! Nada que no fuera redundante ó tibio; para evitar cuyos escollos, diremos lisa y llanamente que, recojido por Garcí-Pérez y un gran número de los que á sus órdenes pelearon durante la noche, llevósele á su alojamiento, donde los primeros físicos de Amberes acudieron á curarle, y á informarse de su estado quizás la ciudad entera, comenzando por sus majistrados y concluyendo por los aprendices de sus fábricas.

La herida fué en la cabeza, dichosamente superficial, y la bala, aunque amortiguada en parte su velocidad por la resistencia del morrion, conservando la fuerza necesaria para no quedarse dentro del

(1) Cervantes usa aquí de la palabra *artillería* en su jenuina primitiva acepcion, aludiendo á las armas de fuego en jeneral, ó mas bien á la invencion del pólvora.

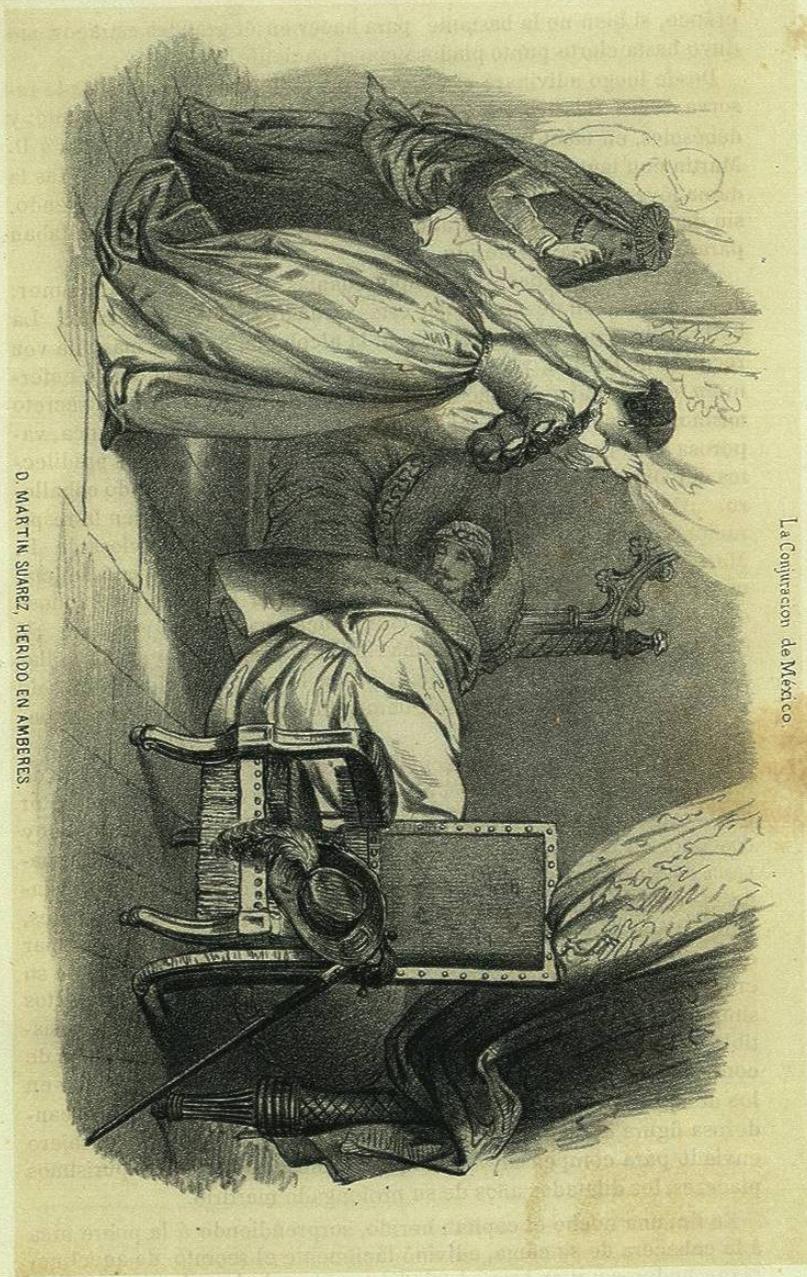
cráneo, si bien no la bastante para hacer en él grandes estragos, arduo hasta cierto punto piadosa con el paciente.

Desde luego adivinará el discreto que en tales circunstancias la reserva de los misteriosos huéspedes debió relajarse notablemente; y débeseles, en efecto, de justicia la declaración de que asistieron á D. Martín con tanto amor y esmero cual si fuera su propio hijo. Mas la dama jóven fué completamente escluida de tales cuidados, creyendo, sin duda, el caballero y la anciana, que ellos y los criados bastaban para la asistencia del herido.

¡Precauciones vanas son siempre cuantas se toman contra el amor, como el corazón de una mujer esté verdaderamente interesado! La bella reclusa no figuraba de día en la alcoba de Suarez: mas una vez recojida la familia, y acomodados Garci-Perez y cierta dueña enfermera en la estancia inmediata, abríase, silenciosa como el secreto mismo, una puerta falsa del dormitorio, y una niña rubia, blanca, vaporosa y trémula, aparecíase, cómo quizá los ángeles á los predilectos del Omnipotente, á la cabecera de la cama del mal ferido caballero. ¡Con qué ansiedad observaba la tímida pudorosa virgen la respiración difícil, el estupor calenturiento, la inquietud nerviosa de D. Martín, durante el periodo ascendente de la crisis! ¡Con qué delicia, mas tarde, los claros síntomas de una evidente mejoría, revelándose en lo plácido del sueño, y en lo fácil y acompasado del respirar! ¡Y cómo y cuán invenciblemente iba infiltrándose en todo su ser la llama activa de un amor volcánico, en las largas silenciosas horas de aquellas veladas tan llenas á un tiempo de amargo placer y voluptuosos padecimientos!

Si no temiéramos el desprecio de los espíritus fuertes, y la burla de los escépticos, diríamos una cosa.... ¡Y por qué no decirla! ¡Por qué avergonzarnos de creer, en virtud del sentimiento, lo que hoy desconoce y afecta despreciar la ciencia, pero acaso proclamará mañana cual axioma inconcuso, como ha tenido ya que hacerlo con infinitas verdades que negó un tiempo su necio orgullo! Digamos, pues, alto, y resueltamente, que el *magnetismo*, eso poder indefinible á par que para muchos ya innegable, ese fenómeno que para mal de su crédito ha caído ya en poder de charlatanes, esa causa de los efectos simpáticos, ese efecto de causas desconocidas, envolvía en su irresistible atmósfera al hijo de Catalina Suarez; digamos sí, que antes de conocer á la bella apasionada jóven, comenzaba á amarla; y que en los deliquios de su dolencia aparecíasele la blanca, indistinta, y candorosa figura de la desconocida, como la del de un celeste mensajero enviado para compensar, con algunas horas de inefables purísimos placeres, los dilatados años de su prolongado martirio.

En fin, una noche el capitán herido, sorprendiendo á la pobre niña á la cabecera de su cama, adivinó fácilmente el secreto de aquel corazón pudoroso; y en breve le rindió también el alma sin condiciones.



D. MARTIN SUAREZ, HERIDO EN AMBERES.

Dos seres puros de todo vicio, ajenos á las artes de la galantería, solitarios en el universo (pronto veremos cómo), y vaciados por el Supremo Hacedor en la privilegiada turquesa de la virtud piadosa, pronto estuvieron de acuerdo; porque ni pretendían ocultarse su amor, ni gozarlo sino lejitimamente, á la faz del cielo y de los hombres.

Restablecido, pues, D. Martin de su herida, y llamando al caballero su huésped, declaróle sin omitir circunstancia cuanto hasta entonces mediara entre él y la bella incógnita, y terminó pidiéndole su mano.

—¡Su mano! (esclamó el caballero.) ¡Mucho pedís! ¡Quién sois!

—Un caballero, un capitan de la infantería española, un hombre que debe al cielo caudal bastante para sustentar á *Elvira* como á princesa.

—*Elvira* (que así se llamaba la dama), *Elvira* es de tan alto linaje...

—Cualquiera que él sea, no ha de deshonrarse enlazándose al mio.

—Eseuchadme, D. Martin: para obtener la mano de *Elvira* habeis menester: primero, probar vuestra nobleza, y que ella sea ilustre; y luego, que obtengamos para vos el consentimiento de *quien* solo puede disponer de ella. Comencemos por la primera condicion; llena que sea, la segunda á mi cargo queda.

El perpetuo obstáculo á todos sus designios detenia entonces su carrera, como siempre, como en cuanto á su corazon y gloria importaba. ¡Cómo probar su nobleza, sin revelar quién era su padre! ¡Y cómo revelarlo, sin faltar á sus juramentos!

Hasta entonces D. Martin habia triunfado fácilmente de sí mismo; porque tal era el fondo de abnegacion de su alma, que sin grande esfuerzo sacrificaba las grandezas humanas, y daba tortura á los propios sentimientos en obsequio de su involuntaria, mas al cabo sagrada obligacion: pero ya en aquel momento no era él solo el inmolado, sino *Elvira* niña, inocente y apasionada, la que á padecer iba tambien el horrible martirio. Y Suarez, ademas, estaba enamorado, profundamente enamorado; y su corazon, en resumen, rebelóse con tal fuerza contra la idea de renunciar á *Elvira*, que en realidad ni el pensamiento de hacerlo se le ocurrió un solo instante.

En tal conflicto, solo una resolucion estrema podia salvarle, y D. Martin supo tomarla y ejecutarla. Obtenida fácilmente una licencia para convalecer de sus heridas, voló Suarez á España y al rincón de Andalucía donde su padre vejetaba, por los cortesanos aborrecido, por el emperador olvidado, y echóse á sus piés, y confesóle su passion, haciéndole árbitro de su destino.

No era Cortés de los hombres que olvidan en la vejez lo que fueron en la juventud. D. Martin, ademas, pesaba de continuo sobre su alma como un remordimiento. ¡Cómo habia de tener corazon para mostrarse insensible á sus penas, sordo á sus ruegos, egoista hasta el punto de hacer imposible la felicidad de aquel hijo que todo y tan je-

nerosamente se lo habia sacrificado? No: el conquistador de México, incapaz de todo sentimiento villano, ni pudo ni quiso condenar á su hijo á eterna soledad en el mundo; y lejos de ser inflexible, concedió mas de lo que se le pedia.

De su propio puño escrito, y con su firma y sello autorizado, entregó á D. Martin un papel declarando la legitimidad de su nacimiento, y amen de ese todos los documentos justificativos de su matrimonio con Catalina Suarez, que fué como darle la llave del paraíso terrenal.

Lleno de júbilo y de esperanzas, regresó el enamorado capitán á Amberes, y previo juramento de eterno secreto, mostró á los guardadores de Elvira los papeles que la legitimidad y nobleza de su nacimiento acreditaban; papeles realmente bastantes á satisfacer al mas escrupuloso en la materia, y que, por tanto, llenaron cumplidamente los deseos de los misteriosos personajes. Pero faltaba el consentimiento de la persona que *sola podía disponer de la mano de doña Elvira*, consentimiento indispensable, y acaso no fácil de obtener, pues que la tal persona era nada menos que la del emperador Carlos V.

Sí, la del emperador Carlos V; porque doña Elvira, fruto de uno de los infinitos galanteos que tuvo en los diversos países de Europa á su dominio sometidos, estaba encomendada al caballero y anciana que conocemos, y eran parientes de su madre, noble señora alemana, en Castilla establecida, y á poco de dar á luz el fruto de su fragilidad, difunta. Mas cauto ó menos apasionado que algunos de sus sucesores, quizá bastante profundo político para adivinar lo que el prestigio monárquico pierde con ciertos escándalos, Carlos de Gante, sin derechos ni aspiracion al renombre de casto, abstuvo constantemente, así de tener favorita titular y declarada, como de reconocer públicamente y de dar en el mundo lo que hoy llamaríamos *posición oficial* á sus hijos naturales ó bastardos. D. Juan de Austria mismo, el inmortal vencedor de Lepanto, ignoró quién era su ilustre padre, hasta que ya en la tumba reposaban los huesos del que fué señor de entrambos mundos. Nada mas natural y lógico, en consecuencia, que el misterio de la crianza y vida de la amada de D. Martin Suarez.

Escribió al emperador el pariente de Elvira, noticiándole que solicitaba la mano de aquella un caballero noble y valeroso, ocultando el nombre á ruego del interesado, que deseaba no declararlo, en su caso, sino de palabra y al César mismo. La respuesta, que no se hizo esperar, fué la siguiente: "Cásese doña Elvira con ese caballero, pues que vos me respondeis de su nobleza, y ella le ama: pero jure su esposo, antes de serlo, no revelar á nadie el secreto del nacimiento de la que va á honrarle con su mano. Yo les doy mi bendición á entrambos, y á ella en dote cien mil ducados, que os haré entregar por mano de mi tesorero. Guárdeos el cielo.—C. I."

Casi inútil nos parece añadir que, ocho dias despues de recibida la contestacion del César, era D. Martin feliz esposo de la amantísima

Elvira, y en realidad, aunque le mundo lo ignorase, hijo casi del hombre mas grande de su siglo. ¡Así es la fortuna: caprichosa y bizarra en todo! Por una parte haciendo de D. Martin un ser en peores condiciones que los espósitos mismos, y por otra levantándole hasta el trono de ambos mundos.

Mas no eran las riquezas ni la ilustre prosapia lo que al dichoso capitán cautivaba en Elvira, sino la ternura de su corazón, la virtud sincera de su alma, y la anjélica igualdad de su carácter. Dichoso, como pocas veces logran serlo en vida los hijos de Eva, Suarez habia dejado el servicio activo, yendo á establecerse á Nápoles, bajo cuyo poético cielo se prometia pasar el resto de su existencia en brazos del amor, y atendiendo á la enseñanza de sus hijos; pues para que nada faltase á su felicidad, á poco tiempo de ser dueño de Elvira, ya en la bella esposa se echaron de ver los síntomas de la maternidad precursores. ¡Ay, triste condicion la del hombre! ¡Oh fragilidad deleznable la del edificio de las terrenales venturas! De aquello mismo en que fundaba D. Martin la presuncion de llegar al extremo límite de la posible bienaventuranza, procedió la mayor y mas amarga de las aflicciones de su vida: al dar á luz el primer fruto de sus amores Elvira dejó este mundo, por indigno quizá de poseer dos ánjeles á un tiempo.

¡Será preciso que digamos que la Elvira que en México conocemos, es la hija de aquella cuya breve historia dejamos rápidamente compendiada!

D. Martin, merced á su piedad cristiana y al innato amor paternal, acertó á dominar el incurable desconsuelo que su corazón afligia; á dominarlo, decimos, hasta el punto de soportar la vida, y hacer frente á sus eventualidades, y consagrarse á humanos intereses; mas nunca pudo ni quiso extinguir, con el recuerdo de su amada esposa, la causa perenne de la llaga profundísima en su pecho para siempre abierta.

La muerte, empero, de su esposa, produjo en aquel espíritu, de suyo melancólico y ecsaltado, notables estragos, apartándole irrevocablemente de la trillada senda del proceder comun, lanzándole con vigoroso impulso á la region de las empresas poéticamente absurdas; á esa region en la cual buscan los entendimientos puramente especulativos la fórmula de lo *absoluto*; los científicos la *cuadratura del círculo*; los codiciosos la *piedra filosofal*; los filósofos ascéticos la *perfeccion*; y los políticos un *buen gobierno*.

Entonces maduró en la cabeza de D. Martin el pensamiento de fundar en México una monarquía independiente, y de colocar en su trono, no á sí mismo ni á su descendencia, sino á los hijos de su padre habidos en la muger para enlazarse con la cual hubo Hernando de aceptar, ya que otra cosa no fuese, el sacrificio de su primogénito. Y obsérvese bien que Suarez, aun en aquello mismo á que pocos se ar-

rojan sin miras personalísimas, proponíase continuar la obra de abnegación inaudita desde sus mas tiernos años comenzada.

Claro en su mente el proyecto, calculados los medios, apreciadas las dificultades, y hecha la resolución de no economizar persona, tiempo, ni dinero, comenzó Suarez por separarse de su tierna hija, mandándola á establecerse en México, bajo la salvaguardia del pariente de la esposa que de perder acababa; pariente que, siendo por su naturaleza como las plantas parásitas, necesitaba siempre un árbol de cuyos jugos se alimentara. Confióle D. Martin á Elvira, conociéndole por hombre probo y religioso; hízole pasar por padre de la niña; y mandólos á entrambos á México, punto que era el blanco final de sus miras y pensamientos.

Entretanto él, volviendo al servicio activo, y atendiendo á ganar amigos ante todas cosas, formábase una clientela de hombres tan avezados á los peligros, como dispuestos á emprender cuanto se les mandase, con tal de que en perspectiva viesen oro y placeres; y á si mismo se adiestraba en las artes del gobierno y de la milicia.

Murió el conquistador de Nueva-España el año 54; abdicó Carlos V el 56, y ya entonces creyó Suarez llegado el tiempo de regresar al Nuevo-Mundo, con objeto de poner por obra su colosal temerario proyecto.

Diez años de incesantes trabajos, de gastos dispendiosos, de reserva impenetrable, de habilidad consumada, de audacia invencible, condujeron el negocio al punto que el lector conoce; quizá le aproximaron al triunfo: pero faltóle la fortuna en el momento crítico, ó mas bien, no estando en sazón el fruto, justo fué que quien intentaba cogerlo se estrellase. Ya lo dijimos una vez, pero no estará demas repetirlo: en política tan malo es anticiparse á los tiempos, como volver á lo pasado; por eso las *conspiraciones* son, poco menos que constantemente, infelices, y las *revoluciones* arrollan cuanto locamente se atreve á oponerles resistencia.



CAPITULO VI.

DE CÓMO SE ACABARON LAS DESDICHAS DEL MÁRTIR.

Doña Elvira Suarez, ó mas bien *Cortés*, educada en México con el mismo severo recojimiento que lo fué su madre en Europa; creyéndose hija, en efecto, del caballero que por su padre pasaba; y hasta ignorante de las inmensas riquezas que poseía, porque D. Martin así lo quiso, mostróse no obstante desde sus primeros años altiva y entera quizás con exceso. Circulaba en sus venas, mezclada con la sangre jenerosa de Hernan Cortés, la ilustre de la casa de Austria. ¡Qué mucho que en su cabeza jermínaran pensamientos heroicos, y en su carácter fermentase la innata soberbia de los príncipes de la casa de Haspourg! Su individualidad, por otra parte, fué siempre una excepción á la ley comun de la naturaleza. Así, desde que la razon comenzó en ella á desarrollarse, dejó por completo de ser niña, ó mejor dicho, hasta jóven, y aun mujer; porque Elvira nunca se entregó á juegos infantiles, ni á labores de su sexo propias; jamas á galanteos por honestos que fuesen, sino á la reflexión, á la lectura de libros ascéticos, y al estudio de la historia. En las horas de recreo, sola en su jardín, ya contemplando la bóveda del cielo, ya fijos los ojos en el inmenso horizonte, y dejando que libre vagase su fantasía, la hija de Suarez no se entregaba á voluptuosas esperanzas, ni á risueñas ilusiones; su aspiracion constante, si tal puede llamarse el deseo de lo imposible, era haber nacido en los que imaginaba felices tiempos de la edad media, señora independiente de algun feudal castillo, solicitada por antipático poderoso baron, y negándole su mano, y de-